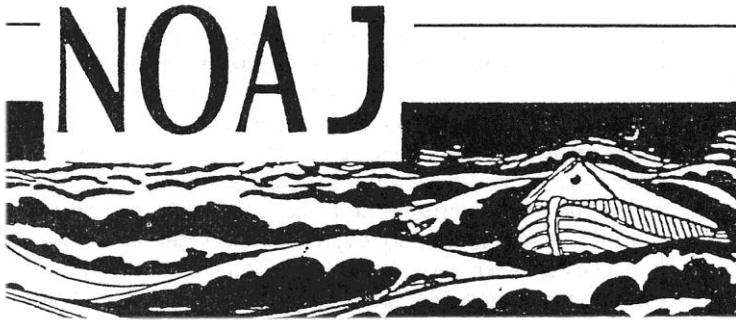




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Albán, Laureano. Cesarea. pp. 47-49

Laureano Albán

CESAREA

Poeta costarricense.

Herencia de Otoño

(1980, Premio
Adonais); **El Viaje
Interminable**

(Primer Premio de
Cultura Hispana,
Madrid, 1982);

**Geografía Invisible
de América** (1982,

Premio
Hispanoamericano
de Literatura Juan
Ramón Jiménez);

**Autorretrato y
transfiguraciones**
(1983, Premio VII
Bienal de Poesía
Provincia de León);
Todas las Piedras

del Muro (Jerusalem,
1988). *Se desempeña
como Embajador de
Costa Rica en
Jerusalem.*

Cesárea azul, fatiga de la espada.
Cesárea que no es mármol y es silencio.
Nadie pudo soñar mientras morías.
Ay, dije muerte, y tu verdad es aire.
La piedra es transparencia
cuando el hombre y el tiempo
la alzan destinada junto al mar.
Ella no puede detener la rosa
con dientes florecidos de la noche.

Miro la escala breve y lejanísima
que se adentra hasta mi alma,
miro la noche breve que en la tarde no existe.

Alguien habla a lo lejos y desnuda sus sueños.
Cesárea del ayer, golpe de un viaje
que no termina aquí,
sino en la frente de una antigua estrella.
De un viaje que es la piedra junto al hombre
dirigida al azar de la mañana.

Dadme un puño de rosas para vencer la piedra.
Dadme una rosa de agua para vencer el frío.
Aquí estuvo la noche y su palabra.
Aquí tuvo la sed sitio de nieve.
Aquí lloró tu nombre en las espadas.

Eres polvo perfecto porque ya no es deseo.
Cada piedra cayó a su melodía.
El rojo miedo de vivir te cerca:

el corazón del tiempo a la deriva.

Sobrevivir es algo desordenado y solo.

Es decirle a la piedra que el hombre la extermina

Sobrevivir es una rosa impura,
algo manchado y sin azul, la vida.

Todo es sobreviviente del olvido.

Aquí, Cesárea en llamas, yo te he visto
en la llama más lenta, la del miedo;
más alta aún, la del ayer en llamas.

Nada quedó. ¿Qué digo
si respiro la tierra y cuanto miro?

Por último un favor, sobre la losa
grabad la estela rota del destino:
el hombre es su oración y no lo sabe.
Detrás de cada piedra alguien se esconde.
Dejadme ver, quizá lo reconozca.
¿Tiene rostro, no es Dios, tiene caminos?

Una espada le brilla en las pupilas
y la noche en los pies. Te reconozco, ayer,
estás en llamas para siempre herido.

No eres piedra, eres llama.

La máscara es la piedra junto al frío.

La máscara es la piedra y tu eres máscara
de algún rostro de Dios – lejano de todo –.

Cesárea del ayer, todo en tu frente
se puso blanco y estalló a la vida:
el corazón de nieve del herido,
el que se fue hacia el mar y es lejanía,
la agonía de mármol del vencido,
el que aquí abrió su fuego a la memoria,
el que tomó la muerte como un vino,
y el traidor y el leal, y el pájaro y sus vidas.

He aprendido un secreto de tus tardes:
no volver a nacer es ser olvido.

Y el hombre es terco y de basalto y gime

contra el ayer, y cruza por la historia
lejanamente suyo, ámbar del día,
mirando hacia la piedra como mirando a Dios.

Cesárea del ayer,
una palabra más y estás dormida.
Entre la muerte y yo, estás dormida.
Entre el destino y yo, estás dormida.
¿Quién te dijo que no,
que no serías eterna como el hombre?
¿Que como él no habrías de nacer y morir
y abrir estrellas con sus mismas manos?
¿Quién te dijo que no serías
una mueca del hombre, no su risa?
¿Qué no serías una móvil
evidencia de piedra, acosada en la tarde,
que burlaría los ojos del olvido?

Cesárea del ayer, ya estás dormida.
Yo canto y tú te duermes.

Cesárea

Yo paso y tú te duermes.
Yo vivo y muero y nazco y tú te duermes.
Interminablemente duermes, rota y rota,
como si un ángel ciego – ¿o fue ya el hombre? –
cada columna, cada friso y cada estela,
con un gozo de lluvia lejanísimo,
con un gozo deicida en la mirada,
las partiera en trocitos,
en muñones de sombra detenida,
las quebrara en espejos imposibles.

Cesárea del ayer, ahora dormida
como un dios junto al mar siempre despierto,
eres, en la implacable tarde del olvido,
una pluralidad de piedra inmune,
un alto día de piedra sentenciada
que ante el mar no termina.

*Anfiteatro romano,
Cesárea, 6/Feb./88.*